

LOS FUSILAMIENTOS EN CUBA

El padre Domingo Lorenzo, ex párroco de Matanzas, relata algo de lo que vio

El padre Domingo Lorenzo, párroco de Carracedo del Monasterio (León), y hasta abril de 1959 desempeñó la misma dignidad sacerdotal en Matanzas (Cuba), nos dirige la siguiente carta, de contenido impresionante:

"La foto que días pasados fue objeto de vivos comentarios en periódicos españoles corresponde ciertamente al cabo del ejército del general F. Batista Zaldivar, presidente de la República de Cuba, y es de enero de 1959, cuando este cabo, llamado José Rodríguez o "Pepe Caliente", fue sentenciado a muerte en el castillo de San Severino, de la ciudad de Matanzas (Cuba). El sacerdote que le está oyendo en confesión en el patio del referido castillo es el que suscribe, padre Domingo Lorenzo, a la sazón párroco en la misma ciudad de Matanzas. Fue el primer fusilamiento en la ciudad, sin tribunales, sin defensor, sin testigos, y sólo una persona habló, vociferó, gesticuló y sentenció por sí y ante sí; esta persona era el llamado comandante William Gálvez, a la sazón jefe del ejército rebelde en Matanzas. Fue pública la vista, con proliferación de fotógrafos, corresponsales de Prensa, pueblo en general, que en medio de gran histerismo, deseos de venganza, de sangre, ebrios de todo, pedían: "¡Paredón! ¡Paredón!" por todas partes, y eran pocas las personas que en aquel castillo había que no tuviesen un fusil o ametralladora en sus manos, un poderoso revólver al cinto y una caña cruzada desde el cuello al pecho y espalda. Eran días de desenfreno, desbordamiento de todos los instintos primitivos del hombre-fiera salvaje. Era la revolución de los barbudos de F. Castro, que se asienta sobre montañas de cadáveres desde 1953—cuartel Moncada—hasta hoy, con la consiguiente ruina de la patria esclavizada, destrucción de la familia, de las instituciones, de la economía, de la libertad, de todos los valores morales y virtudes heroicas de aquel país, digno de mejor suerte.

Conocí al cabo José Rodríguez en Jovellanos, un pueblo de Matanzas, en mis largos años por aquella zona, como a su fami-

lia, con siete hijos, que vivían pobremente en Jovellanos. Era un celoso guardián del Ejército y cumplidor del deber en las misiones que se le encomendaron. Nunca supe de qué le acusaban, porque entre aquella gritería ni se oían los cargos que le hacían. Sólo oí cuando William Gálvez dijo: "Pena de muerte por fusilamiento, y será fusilado ahora mismo. ¡Traedme el garan (era el "garan" un fusil con mira telescópica), que yo mismo lo mataré!"

Lo empujaron por la escalera abajo hasta el patio, donde cayó en mis brazos, que le estaban esperando, y al verme cayó de rodillas diciendo: "¡Padre, usted es el único amigo que aquí tengo! Todos me acusan... ¡Ay, mis hijos! ¿Qué será de ellos? ¡Confíeseme, que yo soy católico!" Rodeado de barbudos con metralletas bastante cerca de nosotros, el cabo de rodillas y yo en pie, con una pequeña estola y un crucifijo, le oí en confesión y le absolví; estaban apu-



rados por llevarle al paredón, y me urgían terminase pronto desde los corredores que circundan aquel castillo-fortaleza de tiempos de España, y el William ya estaba abajo con su fusil. Lo llevé yo mismo a la pared y al ir a venderle no quiso que lo hiciera: quería morir como un militar.

En ese momento, y cuando ya estaba yo esperando la descarga, sonó la voz del William: "¡Llévenlo al calabozo! Ya no será fusilado hoy. Será mañana, cuando todo esto esté despejado, que hay muchas mujeres aquí, ¡Llévenselo!" Y yo mismo lo conduje casi desmayado a uno de los calabozos, donde estaba su otro hermano preso también como muchos; cayó en sus brazos y ordenó el William que todos saliésemos del castillo, que los fotógrafos entregasen todos los carretes de sus cámaras con los negativos, que no quería fotos... Todos los entregaron menos un americano, que con su cámara corría por los corredores en dirección a la reja-puerta, mascullando: "¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos!" Y ésta es la foto en cuestión, única que se conserva en tres partes: una confesándose, otra besando el crucifijo y otra en el paredón, donde se aplazó el fusilamiento hasta el siguiente día al amanecer, que ya no vi, y lo llevaron a sepultar a Jovellanos. Nadie de su familia estaba allí, y al participárselo le hicieron firmar un escrito al hijo mayor "aprobando" el fusilamiento de su padre, lo que motivó una carta en el periódico ¡Adelante! del señor Pimentel recriminando a este hijo.

¿Por qué estaba yo allí? Habían caído presos muchos amigos míos militares y civiles en los distintos cuarteles y prisiones. Deseaba visitarles en aquellos momentos de confusión, pena, dolor; cuando estaban sin afectos y sin permitirseles ver a los fami-

liares ni amigos. Como eran mis amigos y soy fiel a la amistad, y en horas de dolor está la prueba, me agencé un salvoconducto para visitar a todos los prisioneros de la República, escrito por Celia Sánchez y firmado por Fidel Castro, que todavía conservo, y para atender en sus últimos minutos a los condenados a muerte. Y así estuve en ese castillo, en La Cabaña, en Príncipe, Varadero, Cárdenas, Jovellanos, Colón, Santa Clara, Cienfuegos, etc., donde había amigos míos presos, conocidos o no; pero presos, y sus familiares me requerían.

En honor a la verdad digo que en aquellas fechas me dieron toda clase de facilidades los barbudos. Era el "26 de Julio", y con unos rosarios que llamaban "collaritos", unas medallas y unos crucifijos regalados; un gorrito del "26 de Julio" sobre mi cabeza y mucho valor, se llegaba a todos los calabozos, se cruzaban todas las carreteras, guardarrayas, caminos y vericuetos a altas horas de la noche con un buen automóvil, salvando gente del paredón...

Era ya mucho para mí aquella tensión, después de haber asistido a cincuenta y ocho amigos fusilados. Estaba cansado, nervioso por la impotencia en que me vi de salvarlos en el tiempo y vida terrenal, incluso ni a los que me habían favorecido "antes" salvando a fidelistas a petición de ellos mismos, y "después" estos salvados no atendieron un ruego mío ni de nadie. Todo era matar, matar, matar... Y después de muertos me los entregaban pasada la una de la madrugada. A aquella hora tenía que llamar a las funerarias, a los forenses, al Juzgado; lavarlos, conducirlos a la funeraria, meterlos en la caja y después dar la noticia a sus viudas, hijos, padres..., y las escenas eran desgarradoras. Había que acompañarlos al cementerio, adonde iban sólo los familiares y algunos barbudos. Me atreví a acompañar el duelo en el cementerio de Matanzas y en el de Colón, de La Habana, y... ya no me dejaban vivir. Era bien claro el marxismo despiadado y bien ensayado, y un día me llamaron al cuartel de Matanzas y me ordenaron que dejase Cuba si no quería ir yo también al paredón "por ser el único defensor del ejército de Batista y de los llamados criminales de guerra" (que tenían un alma que salvar también). Era un viernes, y el sábado, a las cinco de la tarde, en uno de los aparatos de "Iberia", salí para Madrid, adonde llegué el día 5 de abril de 1959. Muchas más cosas yo sé que no caben en cuartillas. Lo que pasó después todos lo conocemos. ¡Dios salve a Cuba!—Padre Domingo Lorenzo.

autopullmans

hife

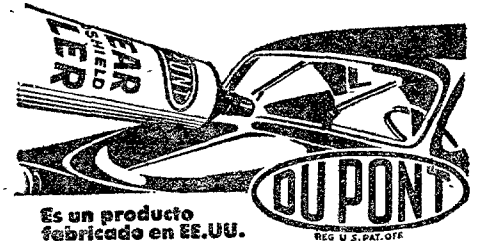
/BUEN VIAJE/

MADRID: Torre de Madrid, Teléfono 241 22 97.
 BARCELONA: Terminaltur. - Balnearios, 18. Teléfono 231 48 14.
 VALENCIA - CASTELLÓN - TARRAGONA - TORTOSA

Si en su coche entra agua use

CLEAR WINDSHIELD SEALER
 Sellador transparente de parabrisas

Impide la entrada de agua por las juntas de goma de parabrisas y ventanas. Seca rápidamente.



Es un producto fabricado en EE.UU.

Distribuidor exclusivo para España

F. PARRÉS PUIG

A. José Antonio, 66-T. 247 72 49-MADRID